



casa, comenzó a ser más nuestra y ganó carácter.

Pronto tuvimos en ella cosas felices que recordar y se convirtió en un hogar. El jardín constituyó un desafío, como lo fueron todos los de los demás, eran frecuentes los préstamos de herramientas y el cambio de plantas entre vecinos. Ahora el jardín tiene una larga historia, con plantas, anécdotas de cómo llegaron y de dónde vinieron.

Las escuelas eran buenas. Edificios bonitos y aireados y un nivel de enseñanza favorable comparándolo con Londres.

El ir a las «Veladas para Padres» era un placer y empezamos a reunirnos con otros padres, comenzando una amistad que duraría los diez años siguientes al período escolar de nuestros hijos. Esto se sumó a nuestra seguridad, reuniéndonos con profesores y con una parte vital de la vida de la ciudad que obviamente funcionaba.

Poco después de nuestra llegada a Stevenage, fuimos a nuestra parroquia e hicimos amistades que se han mantenido. Mi marido y yo éramos felices en el trabajo y Robert iba bien en la escuela. Todo nos ayudaba a instalarnos en nuestra nueva vida. No fue tan fácil para algunos. Muchos hombres tuvieron que aprender nuevos oficios, a veces esto no resulta y era necesario cambiar de empleo. Las esposas comenzaron a trabajar para ayudar a pagar alquileres, compras o quizá un coche con el que visitar en Londres a los padres, pues el precio del tren era caro para viajes familiares.

A algunos niños no les gustaba la vida escolar y estando trabajando sus madres, empezaron a callejear después de las clases. Así empezó la queja de que no había nada para hacer.

Otros problemas de la vida moderna están presentes en Stevenage. Matrimonios separados, deudas, deshonestidad, no en mayores proporciones que en otros lugares, pero quizá agravado por el hecho de que las familias estén lejos de su tradicio-

nal vecindario y por tanto, de su código de conducta.

Se han formado muchas organizaciones. Sería imposible asistir a todas las representaciones programadas. La Escuela Superior, tiene un programa de clases nocturnas, las parroquias y clubs sociales organizan reuniones de todo tipo. Sociedades dramáticas y musicales ofrecen un programa completo, en los centros de reunión se llevan a cabo sesiones de «bingo» (2) y los bares proporcionan animación en el fin de semana. Algunos grupos dramáticos existían ya en la antigua Stevenage y han sido aumentados con nuevos residentes, mientras que otros se han formado exclusivamente con miembros de la New Town. Cada organización está bien apoyada por su propio público, sin embargo hay algunos que dicen que la ciudad está «muerta» y que no tiene nada que ofrecer. Parece difícil encontrar diversiones organizadas para todos. Probablemente no hay modo alguno de reemplazar la animación y la atmósfera de vivir en el centro de Londres, donde muchos vivían antes de venir a Stevenage.

El hospital de Stevenage está aún en construcción, por eso, durante veinticinco años los de las ciudades vecinas han tenido que soportar la carga de los excesivos pacientes, en particular los servicios de maternidad de una ciudad compuesta por familias jóvenes. Parece que hemos podido arreglarnos con este sistema, pero siempre ha causado molestias el ir al hospital a visitar enfermos. Esto fue en parte atenuado por un sacerdote anglicano que organizó —junto con las autoridades locales— un servicio de autobús que recorre la ciudad, para ir al hospital de la ciudad vecina a horas de visita.

Parece raro que una idea tan estúpida como es una New Town, careciese de una cosa tan simple e importante como ésta.

La industria de Stevenage atrae a mucha gente, y aunque la ciudad está ideada principalmente para alo-

(2) Parecido a nuestra Lotería (N. del T.)

jar a las familias excedentes de Londres, los trabajadores clave, son aceptados de todo el país. Esto junto con la necesidad de emplear muchos profesores e instructores, significa que la población cuenta con mucha gente con empuje y estímulo. Las ideas nuevas son siempre útiles y existe una sensación general de actividad.

Junto a esto hay además un temerario egoísmo, que puede ignorarlo todo en derredor excepto el amueblar y acicalar un hogar hasta su perfección.

Stevenage ha sido descrita como una «ciudad sin alma». Esto no lo puedo admitir. Mientras los escolares recojan leña para las ancianas, los jóvenes —chicos y chicas— llevan a los impedidos a sus clubs, los vecinos demuestran gran afecto en momentos de dificultad, y la gente normalmente se comporta como seres humanos, el alma de Stevenage evolucionará como la de un ser humano. Quizá será aún más fuerte, con el sentimiento de orgullo de ser parte de algo nuevo. ■

## 2. Hemel Hempstead

Por Sybil I. Hinton

¿Qué es lo que más necesita una ciudad?: casas, tiendas, escuelas, industrias, todo esto ciertamente, pero el elemento que más contribuye a su carácter, es la población. Solamente puede reconocerse la importancia de ello experimentando el entorno de un ambiente recién creado.

Había estado casada diez años y no habíamos hecho más que terminar nuestro pequeño bungalow según lo que habíamos soñado que debía ser, cuando fue necesario que nos mudásemos. La idea me hacía mu-

cha ilusión, pues sabía que esta vez tendríamos la mayoría de las cosas indispensables, pensando además que sin la carga de la hipoteca sería más cómoda nuestra situación. Nuestra nueva casa sería alquilada y prácticamente podríamos elegir vivir en cualquiera de las ocho New Towns que se estaban construyendo alrededor de Londres.

El ocupar el bungalow significó una gran cantidad de trabajo, los constructores dejan inevitablemente cosas por limpiar, tanto dentro como fuera de una construcción recién acabada. Una vez esto terminado empezó el esfuerzo de planear y plantar el jardín. Por todas partes había gente en situaciones similares y esto nos proporcionó un ambiente de camaradería desde un primer momento.

Entre nosotros existía la certidumbre de que todos habíamos elegido donde queríamos vivir y obviamente nuestros ingresos eran parecidos, puesto que la escala de precios de los varios tipos de casas no era grande. Había pequeñas diferencias en el tamaño de las familias y en sus ocupaciones, variando enormemente las edades de los nuevos ocupantes, desde parejas de recién casados hasta los jubilados recientemente. Sin embargo esto no perjudicó el sentimiento de vecindad, aparente desde un principio. No lo pude apreciar en aquel momento, era más consciente de la amistosa rivalidad entre nosotros.

Hasta que no empezamos a residir en nuestra segunda casa no pude darme cuenta del contraste que era posible en lo que podría parecer una situación similar.

Se están construyendo ocho New Towns alrededor de Londres, como parte del Plan del Gran Londres para desplazar a 350.000 personas e industrias de su área. *Hemel Hempstead* era la ciudad que creíamos como la más deseable a la que mudarnos. Se extiende por el valle de los ríos Gade y Bulbourne, junto a las colinas Chiltern, en parte de la campiña más bonita de Hertfordshire, además la ciudad está a sólo ven-

ticinco millas de nuestra capital, Londres, con todos los atractivos de una gran metrópoli.

A diferencia de la mayoría de las New Towns, el área propuesta estaba ya consideradamente edificada y la comunidad existente tenía una larga historia. Las antigüedades prerromanas, romanas y anglosajonas encontradas en Hemel Hempstead indican que la ciudad ha existido durante mucho tiempo. Este hecho, creo, le dio a la ciudad cierta ventaja sobre algunas de las otras y debió influir en nuestra elección. Las zonas más antiguas daban a la ciudad cierto aire de estabilidad y disminuyó en parte la aspereza del perfil de los nuevos edificios de ladrillo y hormigón.

Antiguamente Hemel Hempstead estaba dividida geográficamente en tres zonas. Al norte estaba la parte más antigua. Su calle mayor tiene un antiguo y atrayente pintoresquismo. En ella está la iglesia parroquial de Santa María, que tiene una de las torres más altas del país, con un chapitel de madera de aproximadamente doscientos pies de altura. Cerca se encuentra la antigua plaza del mercado, en donde se celebraba un mercado al aire libre tres veces por semana, desde que el rey Henry VIII le concedió tal privilegio hace más de quinientos años.

En esta calle hay igualmente unos edificios encantadores del siglo XVII bien conservados. Además está el antiguo Ayuntamiento construido en 1825, pero realojado en su mayor parte venticinco años más tarde, en 1851, en el actual. Uniendo esta parte antigua de la ciudad con el nuevo centro, hay otros edificios de agradable calidad construidos en ladrillo y estuco a principios y mediados del siglo XVII. Estas reliquias del pasado han sido conservadas y se ha dedicado un gran esfuerzo en conjugar los nuevos edificios con los antiguos.

Quizás usted empiece a preguntarse por qué esta ciudad, a la que yo vine a vivir, justifica su nombre, New Town. He dado prioridad a estos hechos porque han llegado a estar tan rodeados por el maremagnum de

hormigón, vidrio y piedra que están a punto de ser olvidados.

Las otras dos partes de la primitiva comunidad crecieron durante el siglo XIX por una casual aglomeración de casas, tiendas e industrias. El área total tiene forma de semicírculo, subiendo desde una extensión de espacio abierto de belleza natural, conocido como The Moor, desde el cual parten valles y colinas, algunas de las cuales llegan a tener quinientos pies de altura. Este esquema natural del suelo ha dictado el desarrollo del área, que ha terminado siendo un anillo de barriadas alrededor del Centro, y en el que las colinas separan a unas de otras.

Como resultado de esta configuración topográfica, se siente en cada grupo un fuerte sentido de localización y sin embargo cada barriada no es únicamente un grupo de viviendas aislado del resto, sino parte de una floreciente ciudad. Todos estos hechos forman la creación ideal de cualquier urbanista, pero el planeamiento no puede, ni podrá nunca, prever el carácter humano.

Para alentar este ambiente de comunidad, cada unidad vecinal, aun variando en tamaño, debido a los valles que las separan, tiene sin embargo su propio Centro para alojar a las actividades puramente locales.

Las tiendas, la oficina de correos, el bar (o fonda), biblioteca, clínica, un centro de reuniones públicas y pequeñas representaciones sociales, están agrupadas con el propósito de ser el foco de las actividades locales y un motivo de orgullo para sus vecinos.

Las consideraciones sociales de dividir así una comunidad son contradictorias, pero la provisión de dotaciones cerca de las viviendas en cada unidad vecinal es una medida de tipo práctico a tener en cuenta. Una necesidad importante que no he olvidado sino dejado para el final, es la religiosa. En cada unidad vecinal se intenta que haya una iglesia anglicana y otra «Non Conformist» (1), y aunque en Inglaterra existen muchas denominaciones distintas en una misma ciudad, cada una estará re-



presentada al menos por una parroquia.

Me he extendido con bastante detalle en los hechos vistos bajo el punto de vista oficial, pero naturalmente como mujer, mi principal interés era mi propio y particular terreno —la casa— de la que debería hacer un hogar. En encuestas se ha asegurado que en las familias de clase trabajadora existe una notable preferencia para tener el comedor separado del cuarto de estar, y una cocina aparte, aunque el espacio disponible sea pequeño. Sin embargo a mí me gusta mucho tener la suerte de ocupar una de las pocas casas con una gran habitación en el piso de abajo y con una cocina aparte, esto era más de mi agrado y acorde con mis necesidades. Cada casa tenía un pequeño jardín en la parte de atrás y otro aún más pequeño delante. Entre las casas había bloques de pisos de uno y dos dormitorios, así como apartamentos y pequeños bungalows para ancianos. Generalmente las casas tenían tres dormitorios, no muy grandes pero bien distribuidos y con armarios empotrados.

La unidad vecinal en la que vivíamos (2) se llamaba Highfield, y se experimentaba una idea nueva al construir «terrace» (3) de cuatro viviendas alrededor de una plaza con césped a la que daban frente. Esta disposición hacía posible la parcial segregación del tráfico rodado de los peatones; las plazas no tenían acceso de vehículos, lo que parecía ideal para la seguridad de los niños. El esquema, tal y como lo he descrito, no parecía presentar problemas, pero pronto tuvimos que enfrentarnos con lo imprevisible, la conducta humana.

He usado varias veces la palabra elección, a propósito, porque esto es lo que nos dieron en varias ocasiones.

(1) Rama Protestante separada de la Iglesia Anglicana (N. del T.)

(2) Mrs. Hinton habla siempre en pasado, por vivir actualmente fuera de Hemel Hempstead. (N. del T.)

(3) El «terrace» lo constituyen casas unidas por sus costados, formando una hilera de longitud variable (N. del T.)

Fuimos los últimos inquilinos en ocupar la casa dentro de nuestra plaza, llamada Mercury Walk. El camión de mudanzas llegó puntualmente después de cuatro horas de trayecto y antes de descargarlo decidimos comer. Afortunadamente había preparado unos termos con café y té y una comida fría que fue muy bien acogida.

Nos sentamos en el santo suelo disfrutando de nuestra comida, cuando tomó forma en mi mente la primera terrible comparación.

En nuestra anterior mudanza, cuando incluso íbamos a inspeccionar nuestro bungalow aún sin terminar, alguien aparecía a charlar con nosotros y estimularnos. En Highfield, sólo dos niños curiosos eran visibles e incluso ellos se mantuvieron alejados. Nuestros muebles estaban ya descargados y el camión —vacío— había partido, mi marido y yo nos quedamos de pie mirando el caos que nos rodeaba, demasiado cansados como para hacer otra cosa que preparar la cama donde dormir y llevar a cabo unas pocas incursiones en los lugares que antes no habíamos visto. Todavía sin tener una palabra de bienvenida por parte de los vecinos. Esto sólo ha podido ser apreciado retrospectivamente; en aquel momento estábamos demasiado nerviosos y excitados como para notarlo, y en los días siguientes demasiado ocupados como para darnos cuenta. Cuando las cosas empezaron a normalizarse, y el lugar era realmente acogedor, hubiera sido agradable recibir una visita, no es que nuestra casa fuera lujosa ni mucho menos un lugar de exposición, pero si únicamente cualquiera que ya hubiera experimentado los problemas de la instalación hubiera podido apreciar nuestros esfuerzos, hubiera significado una gran deferencia.

Recuerdo claramente que pasaron tres días antes que pudiera hablar con un repartidor de leche, nadie nos ofreció ayuda incluso en tan trivial asunto. Al final de la semana se hizo evidente la presencia de personas en las casas y por último se rompió el hielo con ayuda de los niños que sa-

lían de las escuelas. Los niños no conocen barreras —afortunadamente— A menudo he deseado que esta amistosa espontaneidad persistiera a lo largo de la madurez.

Me sorprendió la cantidad de niños, habiendo vivido en una comunidad más estabilizada, no estaba preparada para tal concentración de jóvenes. Aquí había tres, incluso más, en cada familia. En realidad no debería haberlo estado puesto que éste era el propósito de este lugar, el alojar a familias que vivían en condiciones de hacinamiento. Así desde el principio éramos «diferentes», ni recién casados viviendo en un apartamento, ni pensionistas viviendo en «bungalow», ni estando allí por pura necesidad.

Tan pronto como mi marido comenzó a trabajar, empezamos a hacer contactos, el vínculo se creaba por trabajar en la misma ocupación, pero en sentido contrario estaba la actitud adoptada por algunas personas nacidas y formadas en el lugar, y quienes quizá subconscientemente resentían la influencia de extraños. Como yo era una ama de casa sola durante el día, mi rutina no podía variar mucho de la de mis vecinas, nuestros quehaceres debían ser similares, siendo la excepción las madres de niños pequeños a quienes debían acompañar a y desde la escuela. Después de algunas semanas, cuando entablé conversación con algunas mujeres, supe que ni siquiera esto había facilitado el acercamiento inicial, sino más bien, y en algunos casos, había ensanchado la barrera entre ellas.

Gradualmente empecé a analizar la situación, allí había personas llevadas literalmente de un día a otro, y colocadas en proximidad con extraños por unas circunstancias fuera de su control. Los ingleses tienen la reputación de un carácter reservado y esto es algo que admito no falta en el mío propio; en el ambiente que me rodeaba, era aún más acusado, y en tal situación existía un sutil instinto de sospecha, sospecha de que tal vez los recién llegados eran inferiores o superiores financiera o intelectual-



mente. Esto era ayudado por el hecho de que mis vecinos estaban muy familiarizados con el contenido de mi casa a pesar que ninguno entró en ella durante las primeras semanas. La mayoría de las mujeres debieron pasar el día entero observando la descarga del camión el día de nuestra llegada, anotando mentalmente y valorándonos al ver nuestras pertenencias.

La curiosidad es algo que seguramente todos sentimos alguna vez, pero aquí tomó un sentido tan siniestro que dejando de ser algo natural se convirtió en algo sumamente molesto.

Como dije anteriormente teníamos todo lo necesario de nuestra anterior vivienda, lo que nos permitió hacer rápidos progresos, incluso en el jardín. Teníamos suficientes herramientas como para empezar la tarea de preparar la tierra, y conocimientos adquiridos de anteriores errores como para hacerlo. Un fin de semana empezamos de firme. Como los otros ocupantes se habían instalado nada más terminar la construcción, no habían tenido el montón de maleza que nosotros teníamos, puesto que cada parcela había sido roturada y cubierta de tierra vegetal antes de ser entregada. Esto no era demasiado evidente puesto que la mayor parte de los nuevos inquilinos habían hecho muy poco para sacar a sus jardines de su primitivo estado.

De nuevo no debiera haberme extrañado si hubiese pensado que la mayoría de ellos habían ocupado anteriormente apartamentos. Mi marido y yo intentamos usar al máximo nuestro pequeño jardín ya que no había muchos parques o sitios análogos cerca y sabiendo que no podíamos salir al campo con nuestros propios medios de transporte, deseábamos crearnos un cierto grado de privacidad. Lo más adecuado parecía disponer alguna barrera delante de los macizos de flores. Solamente queríamos una de cuatro pies de altura, ya que el jardín era tan pequeño que cualquier cosa más alta hubiera empequeñecido nuestro recogido cuadrado de césped. Mi marido

les habló de nuestros propósitos a nuestros vecinos colindantes durante un breve comentario sobre el jardín en un fin de semana y no hubo objeciones. Más tarde supimos que este hecho tan natural había levantado comentarios a pesar de que había discusiones causadas por niños que iban de un jardín a otro.

Ofrecimos prestar nuestras herramientas, pero siempre éstas eran cortés pero firmemente rechazadas. ¿Dónde está la clave del problema?

Nos habíamos mudado a principios del verano y este era el motivo de la ausencia de niños durante la semana. Una vez comenzadas las vacaciones, la escena general cambió. La tranquilidad resultante de la falta de vehículos se perdió por el gran número de niños que ocuparon la plaza. Esto era lo que pensaron los arquitectos y hubiera podido ser una escena feliz, pero los chicos encontraron tantas dificultades en hacer relaciones como los mayores, aunque afortunadamente las vencieron más rápidamente. Los adolescentes crearon un problema, pues con sus bicicletas ponían en constante peligro a los más pequeños.

Fueron muchas las disputas en las que los padres tuvieron que intervenir y yo —al fin— como parte no interesada, me vi forzada a adoptar la no envidiable posición de escuchar con simpatía a todos. Al menos, ya era parte del ambiente y comenzaba a tomar cierto contacto con mis vecinos, supe algo de sus orígenes y viviendas anteriores, su familia y sus gustos, lo que me ayudó a tomar las cosas con más esperanza.

No teníamos coche propio y nos había impresionado el número de familias que gozaban de este lujo. Poco podíamos imaginar sobre el nivel de vida que este símbolo de riqueza revelaba; los planificadores New Towns prevén ocho plazas de garaje por cada diez casas, lo que da una idea bastante clara del asunto, y lo que una vez más demuestra que éramos parte de una minoría.

Pronto pudimos apreciar la importancia del transporte privado para

esas familias, no importa qué sacrificios fueran precisos para su adquisición. Ellos, alejados de sus parientes, amigos íntimos, costumbres y lugares usuales, para ser implantados dentro de un medio extraño, inmersos en un nuevo modo de vida, no era sorprendente que los fines de semana hubiera una evacuación general de vuelta a la ciudad, que los jardines quedasen sin tocar, las plazas desiertas incluso de los que daban pequeños paseos.

Los amigos que nos visitaban fueron agradablemente sorprendidos de nuestros nuevos alrededores. El nuevo Centro Principal forma una calle comercial de dos aceras. En un lado, las traseras de los edificios bordean los jardines que se desarrollan a lo largo del río. En el otro, el terreno tiene una fuerte pendiente y aquí se han colocado unos aparcamientos desde donde los peatones llegan a las tiendas del segundo piso y posteriormente a las del nivel de la calle. El mercado que ha existido durante quinientos años, lo han trasladado a un lugar en el centro de esta calle, habiendo ganado con ello un nuevo impulso.

Hacia el Norte y a diez minutos de marcha a pie está el parque Gadebridge, un parque natural de gran belleza y en la propia New Town se han preocupado de disponer abundantes flores. Los Jardines de Agua, en un lado de la principal calle comercial, son particularmente atractivos y recibieron prioridad cuando fue comenzada la New Town. Todas estas comodidades estaban pensadas, diseñadas y ejecutadas cuidadosamente, y sin embargo los recién llegados volvían a las áreas congestionadas de donde procedían en cualquier ocasión que se les presentaba.

Antes de que tuviera que irme de la New Town, hace dos años, empecé a hacer el recuento de los cambios que han ocurrido a lo largo de los años y ahora, cuando vuelvo, cosa que hago frecuentemente, noto más fácilmente esos cambios que los amigos a quienes visito. Solamente queda una pareja aún en Mercury

Walk y opinan lo mismo sobre el ambiente general de allí. Los demás se han marchado a varias de las pequeñas aldeas en la periferia del condado y ahora miran a los recién llegados como si fueran intrusos, necesitando que se les recuerde que ellos también lo fueron. Ellos, como yo, aprecian desde lejos lo conseguido.

Los más satisfechos de entre mis amistades, son una pareja que vive en Leverstock Green. Se benefician de todo, pues técnicamente hablando se trata de una unidad vecinal, pero se las ha arreglado para conservar el carácter de un pueblo. Esto se ha conseguido por la intervención de un constructor privado quien construyó un gran número de casas para la venta, al lado de los tipos standars construidas por la Corporación. Esta pareja dispone de «lo mejor de los dos sistemas», la protección de la Corporación y el orgullo de poseer el lugar que se ocupa.

Quizás simplifique demasiado la conclusión, pero he llegado a creer que se debe contar con tres estadios cuando se enseña a vivir decentemente a la gente: primero, darles un hogar con las comodidades necesarias, dejarles apreciarlo así como a sus vecinos y, por último, darles la satisfacción de poseerlo, esto les identificará con la New Town y con su desarrollo.

La tarea en Hemel Hempstead está lejos de ser cumplida, se procura ahora alojar a la segunda generación de los llegados al principio, la pirámide de edades está cambiando, el número de mayores de sesenta años ha aumentado y los jóvenes de hace diez años están creando un grupo para el que se debe buscar empleo. Habiendo pasado con gran éxito el período inicial, en el que mis problemas eran los generales en cada familia, están ahora procurando crear más dotaciones y comodidades que harán a sus habitantes vivir plena y agradablemente, tanto fuera como dentro de sus viviendas.

Creo que han producido una coherente sociedad y cumplido un objetivo social que muchos creyeron imposible. ■



**Un tratado  
que no debe faltar  
a las  
personas  
interesadas en la problemática  
de la jardinería**



**INSTITUTO DE ESTUDIOS  
DE ADMINISTRACION LOCAL**